

La colección Alma Mater, del CSIC, reúne las ediciones bilingües de clásicos griegos y latinos con traducción española, en textos ampliamente introducidos y anotados, junto con un aparato crítico selectivo. Aunque algunas otras editoriales españolas, como Abada, comienzan a publicar ediciones bilingües, Alma Mater tiene para la edición de textos clásicos en bilingüe el mismo status cuasicanónico que *Les Belles Lettres* para el francés o la *Bernat Metge* para el catalán: en Italia su floreciente industria editorial y el éxito de su *liceo classico* llevan a que abunden diversas ediciones bilingües de largo alcance y amplia difusión; y en inglés y alemán las ediciones de referencia no tienen traducción enfrentada. Este es el primer volumen de los cuatro que completan la edición y traducción de la *Odisea*, la cual supone una contribución de notable importancia a la filología griega en nuestra lengua. Las razones son de índole varia y merecen una reseña detallada. Puesto que es una obra conjunta de dos autores, analicemos separadamente la introducción, el texto griego, y la traducción.

Antes cabe una consideración general sobre los rasgos específicos de una edición bilingüe, especialmente en el formato (y precio) de varios tomos en tapa dura. Los lectores a los que va destinado no son tanto el gran público interesado simplemente por la *Odisea*, que tiene excelentes traducciones en ediciones accesibles. Se presumen usuarios de bibliotecas académicas, estudiantes de filología clásica, y más en general, quienes quieran confrontar la traducción con el texto homérico. Ello afecta, como es lógico, a las introducciones, que profundizan más de lo habitual, y a la traducción, que se pretende un instrumento de comprensión del texto enfrentado.

La introducción, como la edición del texto, es obra de Mariano Valverde. Son 220 páginas que no tienen desperdicio, tanto para el estudiante que aborda por vez primera la poesía homérica, como para el lector ya avezado pero interesado en profundizar en cualquier aspecto de la *Odisea*. Empieza tratando los temas generales como la cuestión homérica y la tensión entre oralidad y escritura, con atención específica a la lengua homérica y a recursos propios de la poesía épica griega, desde el estilo formular a las escenas típicas. Después se concentra en la *Odisea* y analiza primeramente su argumento y composición; luego, el material mítico y de sagas heroicas que subyace a la historia del retorno de Odiseo; tercero, las técnicas narrativas del poema; en cuarto lugar, los personajes humanos y divinos; y en quinto lugar, la historia y transmisión del texto, que culmina en la explicación de la presente edición. Finalmente, la bibliografía recoge clasificándolos en diversas secciones todos los títulos citados en las notas.

En todos estos apartados Valverde expone con claridad y rigor las principales posiciones y problemas en liza. Sin descuidar los dos siglos largos de historia de debates homéricos, despliega una encomiable capacidad para resumir las discusiones de las últimas décadas y presentar un estado de la cuestión muy actualizado en cada punto, combinando con equilibrio los estudios de referencia y los más actuales, los libros de síntesis y los artículos específicos. Al respecto, las notas y la bibliografía final destacan por su exhaustividad competente y útil: es decir, no sólo citar, sino resumir el contenido y colocar cada título en su lugar al hilo de cada cuestión. El empleo de seis lenguas en pie de igualdad, a saber, español, inglés, francés, italiano, alemán y catalán, no tiene desde luego parangón en ningún otro estudio de introducción a Homero en ninguna de estas lenguas. Y en este sentido, su utilidad como introducción a la *Odisea* va más allá del ámbito hispano y se revela como un instrumento de síntesis y actualización científica más útil que tantos *Companions* cuyo horizonte se reduce al ámbito anglosajón. La gran bibliografía inglesa y americana se maneja y se comenta con solvencia; pero las aportaciones en las otras lenguas, cada vez más ignoradas en aquellos lares, se tratan con igual esfuerzo, sin chovinismo alguno, sino para beneficio de una comprensión más profunda de las características y problemas pendientes del poema homérico.

La claridad en las posiciones propias (reconoce su preferencia por un poeta monumental, p. xlvi, en el tránsito entre la oralidad y la escritura, p. xxxi), no es óbice para plantear con ecuanimidad las posiciones contrapuestas sobre los grandes temas del debate homérico y las contribuciones de cada estudioso. Por todo ello, la introducción es muy recomendable para los estudiantes de Homero y de la *Odisea* en particular, en España y en ámbito internacional.

Es difícil encontrar algún tema sustancial que no esté bien tratado en esta introducción. Quizá haya quien eche de menos una sección específica sobre recepción literaria de la *Odisea*, pero la amplitud del tema hace comprensible la decisión de restringirlo a los testimonios con interés para la transmisión del texto, como aquí se hace (una pequeña corrección a la página cxlix: hay autores cristianos que conocen de primera mano a Homero, no a partir de florilegios sino por familiaridad con el original, como Clemente de Alejandría). Quizá, por no caer en el panegírico que a veces deslegitima una reseña elogiosa, cabe echar de menos alguna referencia en las notas 195 o 222 a la resistente teoría de que Penélope reconoce a Odiseo ya antes de convocar el torneo del arco, teoría con sus diversas variantes y posiciones intermedias (e. g. un reconocimiento inconsciente)¹. Otros quizá echarán de menos inevitablemente otros temas de su especialidad, pero toda introducción es por fuerza selectiva, y para discutir las implicaciones de cada pasaje están las notas a la traducción.

La edición del texto griego viene detalladamente explicada en el apartado específico de la introducción. El texto es sustancialmente conservador, como corresponde a la tradición de la vulgata homérica, y las aportaciones, como es propio de la colección, se concentran en la selección del aparato crítico, para el que se han tomado en cuenta hasta 34 manuscritos de los 76 existentes. Destaca la presencia del manuscrito *Matritensis*, colacionado por Valverde para reivindicar su importancia, antes no reconocida, como apoyo de algunas variantes.² Pero sobre todo, el aparato es de extraordinaria utilidad, respecto a las ediciones más comunes de la *Odisea*, porque no sólo es positivo, sino que ofrece la máxima información posible “sobre el fundamento y el peso que cada lectura posee en el conjunto de la tradición” (p. clxxx). Este principio se concreta en incluir en el aparato la información de los escolios, que están siendo editados por F. Pontani, y por tanto con bastantes aportaciones novedosas.³ Por ello entre las siglas del aparato aparece un muy provechoso *def.* que recoge los argumentos a favor de determinadas variantes (p. e. en 2.231). A veces se solapa esta información con la de las notas a la traducción (p. e. 4.248), pero el lugar de las aportaciones de los escolios es precisamente este aparato positivo y abierto a los debates filológicos antiguos. Se complementa, además, con un aparato de testimonios que se restringe a aquellos que tienen importancia para las cuestiones de transmisión textual, con especial atención a las referencias de Tzetzes y Eustacio.⁴

La traducción anotada es obra de José García López, fallecido antes de la publicación, y viene determinada por la presencia del texto griego en la página enfrentada. Por ello el traductor, tomando como referencias más cercanas a Aurelio Privitera al italiano y Wolfgang Schadewaldt al alemán, opta por renunciar a soluciones versificadas o rítmicas, pero a su vez no ofrece el texto en prosa seguida, sino que mantiene en lo posible la división en líneas de los versos griegos. Ello facilita no sólo el cotejo con el original, sino, al leer la traducción castellana, apreciar los

¹ Véanse los últimos argumentos a favor de este reconocimiento implícito en O. Levaniouk, *Eve of the Festival*, Washington, 2010, con bibliografía previa. El tema se trata a fondo en B. Currie, “Recognizing Odysseus, Reading Penelope: The Anagnōrisis in the 23rd Book of the Odyssey” *JHS* 142 (2022), 1-29.

² M. Valverde Sánchez, “El codex Matritensis BN 4565 de la *Odisea*: descripción, valoración y colación de Od. α-δ”, *Emerita* 88.2 (2020), 211-234.

³ F. Pontani, *Scholia graeca in Odysseam*, Roma, vols. 1-5, 2007-2022. De momento están editados los escolios de los diez primeros cantos.

⁴ Tras la aparición del volumen ha empezado a publicarse la edición crítica con la primera traducción inglesa del comentario de Eustacio, a cargo de E. Cullhed y S. Douglas Olson: *Eustathius of Thessalonica, Commentary on the Odyssey. Books 1-4*, Leiden, Brill, 2023.

encabalgamientos y juegos con la colocación de palabras que recogen parte del sabor poético homérico. Esta es la solución también de otras traducciones clásicas, como la de Emilio Crespo en la *Iliada* de Gredos o las de Richard Lattimore al inglés de los dos poemas, y es muy adecuada para mantener ese equilibrio entre la naturalidad y literalismo de la prosa sin perder el recuerdo de los versos griegos. Además es también el sistema más útil para citar en trabajos académicos versos específicos en traducción.

La opción del traductor además es aprovechar la cercanía del griego para procurar el máximo literalismo dentro de la corrección castellana, es decir, no dejar en lo posible palabra o matiz del griego sin reflejar en el español. Esto implica, entre otras cosas, tres decisiones de importancia muy perceptible. La primera, diferenciar el imperfecto y el aoristo, de acuerdo a la recomendación de Chantraine, lo cual permite captar, pese a cierta extrañeza en la expresión, matices aspectuales a los que nuestro oído no está acostumbrado y aprecia por ello la nueva expresividad (por ejemplo en 2.415-434 con la escena del embarque en la nave y salida de Ítaca de Telémaco y sus compañeros).

De modo aún más prominente, el segundo reflejo del principio general es la traslación de las partículas griegas, demasiado a menudo dejadas sin traducir por traductores, docentes y estudiantes en aras de una mayor fluidez castellana, pero que aquí se quieren reflejar en el máximo grado posible. Aparecen diferentes traducciones que reproducen la variedad de sentidos de una misma partícula en cada ocasión: ἄρα,⁵ en sus diversas variantes, se vierte con mayor frecuencia como “entonces” o “aquí”, para precisar el detalle temporal o espacial, pero también de muchas otras formas, como en las varias veces que aparece en los quince primeros versos del canto II, traducida por “al punto”, “al fin”, “entonces” y “en efecto”; γε, a su vez, se traduce con enorme diversidad de sentidos (p. e. en 2.126-128 los tres γε seguidos se vierten como “en cambio” el primero, no traducido el segundo, y “de verdad”); sin embargo, quizá el sentido restrictivo más propio de la partícula, “al menos” (muy claro en 2.62 o 3.232) se echa en falta en ocasiones, como en 1.339 (“exactamente”), 2.43 (“en efecto”), 2.122, 2.279 y 3.227 (“por cierto”), 3.216 (“quizá”), o 3.224 (“ciertamente”). Y es que es inevitable en ocasiones discrepar del matiz elegido al trasladar partículas polisémicas (o en el caso de τοι, suponerla pronombre personal y no partícula, como en 2.280); o de la elección de un adverbio en *-mente* de cuatro sílabas para traducir una partícula de una (p. e. “ciertamente”, una palabra, por otro lado, de significado vago y casi inexistente). Bien es cierto que, como el propio traductor admite, no es una traducción destinada a la recitación, sino a la mejor comprensión del texto griego, lo que justifica estos casos.

Y finalmente, el tercer aspecto en que destaca la traducción es en la precisión en la elección de vocablos para traducir términos griegos. Por ejemplo, el léxico de la servidumbre, un tema cuya importancia en la *Odisea* se valora de modo creciente, sigue con rigor las escalas del griego: si θεράπων y ἀμφίπολος se traducen como “sirviente”, δμῶς y δούλη se vierten como “esclavo/a”, sin sustituirlo por el menos duro y más común “siervo”. A veces opta por fórmulas que a propósito suenan exóticas, aunque comprensibles, en español, como el famoso “cerco de tus dientes” (que ya sonaba arcaico en época clásica). Otras veces, en cambio, se busca con acierto la equivalencia expresiva más que la literalidad: “fanfarrón” por ὑψαγόρη en 2.303; “por favor” por el μοι, dativo ético, en 2.305; el “rencor” realza la μῆνις de la diosa en 3.135, en lugar de la ya un poco banalizada cólera (que aparece en 1.20); “dirigiéndoles palabras amables” refleja muy bien el καθαπτόμενος ἐπέεσσιν de 3.345; y “es el consuelo que todavía queda” traduce con expresividad el valor de γέρας en 4.197 saliéndose (con acierto) de los valores catalogados en los diccionarios. Únicamente no concuerdo, entre este tipo de elecciones, en “rojo como el vino” para οἶνος (1.183; 2.421), pues el simple “vinoso” deja más ambiguo el color del mar, en el que

⁵ Algunos casos analizados en detalle en J. García López, “La traducción de las partículas griegas: el ejemplo de ἄρα en la *Odisea*” *Epos: Revista de filología* 30, 2014, 35-44.

nuestro “rojo” no parece el matiz más prominente del epíteto homérico para el mar; en 4.116, νόησε δέ μιν parece más “le reconoció” que “se dio cuenta” (cf. 4.151, en que Menelao parece haber reconocido a Telémaco cuando este llora); y quizá en 3.378 ἀγλείη no es tanto “rapaz” cuanto “conductora de huestes”. Pero es que una de las virtudes de una traducción original es precisamente aguzar la discusión sobre tales matices.

Algunos ligeros errores quizá hubieran desaparecido con una última revisión que no pudo, desgraciadamente, llegar a tiempo. El “impunes” de 1.380 y 2.145 no refleja el νήπινοι griego, que sería más bien “sin venganza”. En 2.369 “así pues” parece traducir la partícula μὲν, no el imperativo μὲν(ε) del griego. En 2.73 ῥέζετε sería “haced” mejor que “hagáis” y en 3.422 βοῶν “vacas” mejor que “bueyes”. Otras pocas erratas parecen meramente tipográficas: en 3.103 “aquel” va sin tilde, igual que “cuida” en 1.305; o los innecesarios “lo” de 1.218 y “me” de 1.241. Pero los versos defectuosos de la *Eneida* a falta de una última revisión han dado un glorioso precedente para los filólogos clásicos que trabajaron en su texto hasta el final de su vida.

En todo caso, por encima de la utilidad técnica de la traducción y de las minucias de discusión filológica, lo que no puede quedar sin reseñar es la viveza y colorido de las escenas en una traducción cuya naturalidad permite leerla de corrido, especialmente las escenas de sacrificio y banquete en los palacios de Néstor y Menelao. Se hace patente la predilección de García López por estos temas desde sus primeras investigaciones⁶, en la riqueza, variedad y precisión del léxico sacrificial.

En cuanto a las notas a la traducción, la mayoría contienen informaciones de interés para la mejor comprensión de las implicaciones de cada episodio y alusión. Sin embargo, el sistema escogido de referir al pie en las llamadas en el texto, y en la mayoría de las notas al pie, a su vez, a las notas complementarias al final, hace muy incómoda la consulta fácil, produce acumulación de errores (p. e. el repetido reenvío a la n. 177 del canto I es a la n. 178) y además resulta extraña la estética de una página cuyas notas al pie reenvían casi todas al final. Es claro que este sistema es obligado para hacer equivaler el espacio destinado a las notas en la página de la traducción al destinado a los aparatos en la página del texto, y es el que siguen, por ejemplo, las ediciones de *Les Belles Lettres*. Sin embargo, creo que se reduciría la necesidad de tantas notas al final, con repetidos reenvíos en el pie de página, si se suprimieran muchas notas innecesarias para el nivel de los lectores a quienes va destinado este libro, que no requieren explicaciones básicas sobre los personajes divinos (p. e. n. 19 sobre las ninfas en general), ni tampoco sobre los referentes humanos obvios: el lector no necesita que le aclaren en el verso 13 que “él” es Odiseo (por cierto, aquí habla el narrador, no la diosa protectora) y “su esposa” es Penélope; ni que en el verso 134 las “personas arrogantes” son los pretendientes. Igualmente, vocablos del léxico español, como “jarcia” y similares (p. 46) no requieren explicarse con la definición del DRAE, al que puede acudir el lector poco avezado en léxico marino. Tampoco haría falta, cada vez que aparece un epíteto o un verso formular, reenviar con una nueva nota a la primera en la que ya se ha comentado. La eliminación de notas demasiado básicas o redundantes permitiría llevar muchas de las notas al final al pie.

En cualquier caso, estas posibles mejoras, inevitables en toda obra de esta enjundia y más aún publicada de modo póstumo, no desmerecen en absoluto la relevancia de las tres partes de la obra: introducción, texto crítico, y traducción. Para el lector tanto primerizo como avezado, supondrá un placer leer la *Telemaquia* entera en este primer volumen, que refleja con viveza la progresiva maduración del joven héroe, lloroso y dubitativo al principio, y que va ganando en fortaleza y confianza. Esta es la confianza que adquirirán los estudiantes que utilicen la obra para adentrarse en la *Odisea*. Pero también quienes ya la han leído muchas veces la usarán con agrado y provecho, y seguirán prestando al poema homérico la misma atención minuciosa con que el

⁶ Por ejemplo J. García López, *Sacrificio y sacerdocio en las religiones micénica y homérica* (Manuales y Anejos de *Emerita*, XXVI). Madrid, CSIC, 1970.

viejo Néstor celebraba el sacrificio en el canto III, concentrado en la exactitud de cada detalle como si el rito de siempre fuera nuevo cada vez, para deleite de los dioses.

Miguel Herrero de Jáuregui
Universidad Complutense
miguelherrero@filol.ucm.es